

Empleo y juventud: Viejos y nuevos problemas

Por Gloria González Salazar*

EN MATERIA OCUPACIONAL, uno de los problemas que más ha atraído la atención durante la crisis por la que atraviesa, México, es el incremento del desempleo abierto. Con todo, éste es sólo una parte, y quizá no la más importante, de la subutilización de la mano de obra que afecta al país desde hace muchos años; por ejemplo, en 1970 el subempleo fue estimado, con base en datos censales, entre el 38 y el 45% de la población económicamente activa (PEA). Y para 1980, según el correspondiente censo de población, casi el 24% de la PEA fueron trabajadores no remunerados y alrededor de un 30% más sólo recibió ingresos de hasta 3,610 pesos, cifras que constituyen indicadores del alto número de trabajadores que en las ciudades tienen ocupaciones informales o insuficientemente estructuradas, o sea, de personas que suelen caracterizarse como subempleadas por los bajos niveles de productividad e ingreso que generan, y que en el campo expresan las aún peores condiciones productivas y de vida de los campesinos sin tierra o con insuficiente dotación de ella y de otros insumos básicos, así como la precaria situación laboral de numerosos jornaleros agrícolas.

Bajo estos hechos subyacen factores derivados de un crecimiento económico dependiente cuyas modalidades de producción, desarrollo tecnológico, distribución y formación de capital, discriminaron o descuidaron la mano de obra rural y la de las áreas urbanas marginales, determinando,

entre otras cosas, la existencia de un mercado de trabajo heterogéneo o muy segmentado con amplias discrepancias de productividad, salarios, calificación de la mano de obra, etcétera, en el cauce de una incapacidad crónica del aparato económico para incorporar al empleo altamente productivo a todos los que pueden y quieren trabajar.

En el marco de esta problemática, que se agudiza particularmente en momentos de crisis, toca un lugar destacado a los jóvenes tanto cuantitativa como cualitativamente, en virtud, en primer lugar, de que el alto crecimiento demográfico que hemos tenido se refleja, también, en una alta tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo a la par que da a ésta una composición por edades en la que es muy significativo el porcentaje de nuevos entrantes al mercado de trabajo. Y en segundo lugar, aunque en atención a lo anterior, porque las características de la PEA en su conjunto, en materia de productividad e ingresos, se ven muy influidas por los rasgos específicos del empleo de los grupos de menores edades, dada su alta significación cuantitativa en la misma.

Y en efecto, con respecto a lo primero, en un país subdesarrollado que como México ha tenido una elevada tasa de crecimiento demográfico, la agudización de los problemas de su crecimiento y los efectos de la actual crisis económica coinciden con la incorporación al mercado de trabajo del gran número de personas que nacieron en los años sesenta, cuando la población crecía al 3.5% anual —una

de las tasas más altas del mundo. De manera que a la necesidad de enfrentar rezagos acumulados de subempleo en un desarrollo desequilibrado en lo sectorial e intrasectorial y en lo socio-geográfico, se suma la urgencia de dar empleo a alrededor de 800 mil nuevos trabajadores anuales.¹ Y ello, precisamente en momentos en que a efectos de la crisis se incrementa la desocupación abierta y tiende a aumentar el subempleo representado tanto por quienes trabajan jornadas inferiores a la normal (subempleo visible), como por aquellos más que se hallan en actividades inestables y de escasa productividad (subempleo invisible), en un contexto en que el deterioro de la situación ocupacional va acompañada de fuertes bajas de los salarios reales a consecuencia del proceso inflacionario.

Por ejemplo, según un estudio reciente, sólo en los dos últimos años se perdieron casi 200 mil empleos a consecuencia de la crisis, mientras que la población en edad de trabajar creció en cerca de 2.8 millones de personas, lo cual se tradujo en que al finalizar 1984 el índice de empleo registrara su nivel más bajo desde 1950. Y de acuerdo con estimaciones del Consejo Nacional de Población, en los próximos cuatro años se habrán agregado más de 6 millones de personas, lo que da cuenta del enorme esfuerzo que

* Investigadora Titular del IIEc, en el área de Problemas Sociales del Desarrollo Económico de México.

¹ *Plan Nacional de Desarrollo, 1983-1988*, México, Poder Ejecutivo Federal, junio de 1983, p. 208.

En este número Temas de hoy, 2/ Empleo y juventud: Viejos y Nuevos problemas, **Gloria González Salazar**, 3/ La defensa del salario y consumo obrero, **Ma. del Carmen del Valle Rivera**, 6/ Industria y maquiladora en la frontera Norte de México, **Javier Delgadillo Macías**, 8/ Reflexiones sobre el desarrollo económico de la frontera norte, **Sofía Méndez V.**, 12.

implica enfrentar el problema.² Paralelamente, como se señala en otro estudio, aunque entre 1980 y 1984, el salario mínimo nominal diario (promedio ponderado), se quintuplicó al pasar de 136.62 pesos a 702.10, el salario real, por el contrario, sufrió una pérdida acumulada de algo más de un tercio de su poder adquisitivo con respecto a 1980.³ Asimismo, según declaraciones del Secretario General de la C.T.M., para abril de 1985 el aumento del 30% a los salarios mínimos obtenido en diciembre del año pasado, ha sido ya completamente nulificado por el continuo incremento de los precios.⁴

Con relación a lo que decíamos en segundo término, cabe considerar que el empleo de los jóvenes, sobre todo el de los nuevos entrantes al mercado de trabajo, ofrece, en general, problemas específicos, ya que su falta de experiencia dificulta su colocación y/o permanencia en el empleo, adicionalmente de que, en lo común, quienes se inician en él perciben ingresos inferiores, durante un determinado lapso, a los que reciben quienes se hallan laborando desde periodos más largos.

Con todo, en los países subdesarrollados, como es el caso de México, a estos rasgos genéricos sobre el empleo juvenil se suman peculiaridades propias. Por ejemplo, en virtud de factores socioeconómicos desfavorables, numerosos niños y jóvenes se incorporan prematuramente y en condiciones adversas al mercado de trabajo, en detrimento del periodo necesario de formación escolar básica y para el trabajo, a la par que a consecuencia de los fuertes procesos migratorios del campo a las ciudades, muchos de los jóvenes trabajadores constituyen en éstas un proletariado flotante e inestable sin preparación escolar y laboral, ni hábitos de orden, disciplina y adaptación a las relaciones interpersonales e institucionales propias de la actividad económica moderna. Estos fenómenos explican en parte los bajos ingresos promedio de la PEA mexicana y sus grandes disparidades, ya que no sólo de entrada dichas personas caen en el subempleo, sino que tienden a permanecer en

él, dada la dificultad para superar sus limitaciones en el cauce de un escaso dinamismo de generación de empleos productivos.

Según los últimos datos censales, para 1980 el 35.4% de la PEA tenía entre 12 y 24 años, en un marco en que casi la mitad de ésta no alcanzaba los 30 años de edad. En general, son los hijos de familias pobres los que se ven forzados a trabajar tempranamente sin la instrucción y calificación necesarias, ubicándose en los grupos de edades de entre 12 y 19 años, los que para 1980 representaban casi el 18% de la PEA. Sin embargo, también los jóvenes que sí disponen de medios para prepararse enfrentan problemas específicos que se proyectan hasta el grupo de edades de 20 a 24 años y aún hasta el de 25 a 29 años en el caso de quienes realizan estudios superiores.

Por una parte, muchos de los jóvenes que sí pueden estudiar tienden a concentrarse en profesiones de tipo tradicional cuyo mercado, en algunos casos, se halla saturado, y/o en otras carreras poco importantes para el proceso de desarrollo y que tienen una demanda restringida, a lo que se suman problemas de mala distribución geográfica de ciertos técnicos y profesionales, a causa de la atracción que ejercen sobre éstos las grandes ciudades.

Y por otra parte, al no haber ido acompañada la expansión educativa de los últimos años, sobre todo media y superior, de una generación paralela de nuevas e idóneas plazas de trabajo, se ha producido una devaluación relativa de la educación. Es decir, que aunque el proceso de desenvolvimiento y con él los avances tecnológicos, implican mayores requerimientos de conocimientos y calificaciones, **adicionalmente**, dado el mayor dinamismo de los flujos escolares con respecto a la generación de oportunidades de trabajo idóneas, los empleadores tienden a elevar artificialmente los requisitos educativos en lo general y aún para las mismas plazas que antaño se otorgaban con menores exigencias. Así, a la vez que por todos estos motivos muchos jóvenes con preparación no

logran obtener ocupaciones en las que puedan ejercitar todos sus conocimientos y capacidades y/o lograr su rápido ascenso social, la elevación progresiva de los requisitos educativos en el mercado de trabajo dificulta aún más el empleo de aquellos otros carentes de escolaridad y calificaciones.

Y en fin, si por todos los motivos antes señalados en general el subempleo tiende a afectar más duramente a los trabajadores jóvenes, por similares causas la desocupación abierta de los últimos años muestra su más alta incidencia en los grupos menores de edades.⁵ Así queda ilustrado en el cuadro adjunto, relativo a las áreas metropolitanas de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, respectivamente. Como puede apreciarse, el grupo más afectado es el de 12 a 19 años cuyas tasas de desocupación en todos los casos y periodos considerados, duplican con creces la tasa de desocupación total, y en otros la triplican o casi la triplican. Y si bien el grupo de edades de 20 a 24 años tiene una posición menos desfavorable, también supera dicha tasa en forma significativa. Y con mayor evidencia resaltan estos contrastes en contra de los jóvenes trabajadores, si las comparaciones se hacen con respecto a las tasas de desocupación de los distintos grupos de edades de los adultos.

Desde luego, como es sabido, existen diversas medidas que en lo concreto pueden ayudar a la mejor colocación de los jóvenes, como son, entre otras, una eficaz orientación vocacional en el marco de los programas educativos o de capacitación, el mejoramiento de la eficiencia interna de estos servicios y su mayor correspondencia con las necesidades del aparato productivo. Y por otro lado, como parte de las actividades de los servicios del empleo, la

² *Inversión, Impuestos y Utilidades*, Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, A.C., Documento s/f (mimeo) p. 2

³ Georgina Naufal, "El Secreto de los Trabajadores", *Momento Económico*, Inst. de Inv. Económicas, UNAM, Núm. 7, junio de 1984, pp. 7-8.

⁴ Periódico *El Día*, 23 de abril de 1985, p. 7.

⁵ C/F, Germán Bonilla, Héctor Cifuentes y otros, "Los Jóvenes en el Mercado de Trabajo" *Revista de Estudios sobre la Juventud*, CREA, año 1, Núm. 1, Agosto de 1981 pp. 17-38.

orientación y los consejos profesionales, las informaciones sobre el mercado de trabajo, el facilitamiento de contactos institucionales y con los empleadores, etcétera.

Sin embargo, en nuestro caso estas medidas tienen un alcance muy restringido a menos que se apliquen como parte de políticas mucho más ambiciosas, ya que la magnitud y complejidad de los problemas del empleo está dada por su íntima trabazón con todos los grandes desequilibrios que el país padece, tanto coyunturales como estructurales, sin olvidar la interrelación que

Exodo, 1979

TASAS DE DESOCUPACION POR GRUPOS DE EDAD SEGUN AREAS METROPOLITANAS DE LAS CIUDADES DE MEXICO, GUADALAJARA Y MONTERREY. ENERO 1983-SEPTIEMBRE 1984.

Area Metropolitana y periodo.	Grupos de edad							
	Total	12 a 19 años	20 a 24 años	25 a 34 años	35 a 44 años	45 a 54 años	55 a 64 años	65 y más años
Ciudad de México								
1983								
Enero-marzo	7.0	20.6	11.1	4.3	3.0	3.5	2.6	1.1
Abril-junio	5.5	16.5	9.0	3.4	2.9	2.2	2.3	1.4
Julio-septiembre	6.2	18.3	11.0	3.9	2.5	2.9	2.3	0.9
Octubre-diciembre	5.4	15.9	8.6	3.8	2.6	2.8	2.4	0.9
1984								
Enero-marzo	5.3	16.0	8.1	4.6	2.1	2.3	1.3	1.3
Abril-junio	5.2	14.8	9.2	3.6	2.1	2.3	2.1	1.9
Julio-septiembre	7.3	22.8	11.2	4.9	3.1	2.5	2.7	N.D.
Ciudad de Guadalajara								
1983								
Enero-marzo	6.4	16.4	7.9	4.3	1.7	2.7	1.5	1.4
Abril-junio	8.6	19.6	12.7	4.5	3.7	5.2	3.6	1.2
Julio-septiembre	9.5	22.4	13.3	4.4	2.7	6.3	3.4	1.3
Octubre-diciembre	7.6	18.3	8.1	4.1	3.6	4.2	1.4	1.2
1984								
Enero-marzo	7.9	16.9	10.9	5.2	2.6	3.9	0.7	N.D.
Abril-junio	6.9	14.7	9.0	3.7	2.9	4.8	1.4	2.6
Julio-septiembre	7.5	17.6	10.7	3.3	2.1	2.5	2.8	1.2
Ciudad de Monterrey								
1983								
Enero-marzo	9.0	22.3	13.8	4.0	3.1	4.0	1.4	2.7
Abril-junio	10.2	27.3	15.0	5.2	4.5	2.1	4.1	N.D.
Julio-septiembre	12.5	30.8	16.1	6.7	4.6	7.2	N.D.	5.9
Octubre-diciembre	11.1	26.6	13.6	8.1	7.4	5.2	1.3	N.D.
1984								
Enero-marzo	10.7	27.5	13.3	5.2	4.1	5.7	2.5	3.8
Abril-junio	11.1	32.9	11.2	6.0	3.9	5.7	N.D.	4.0
Julio-septiembre	11.6	30.8	14.8	6.8	4.3	4.7	1.3	5.4

P. Cifras preliminares.

N.D. No disponible.

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática. Encuesta Sobre Ocupación.

éstos tienen con la posición dependiente que México tiene en el contexto internacional.

Por ejemplo, sólo la existencia de empleo productivo suficiente y la mejor distribución del ingreso, y con ello la elevación de los niveles de vida de la población mayoritaria, podría frenar el ingreso prematuro al mercado de trabajo sin la escolaridad y calificaciones necesarias, así como evitar la devaluación de la educación de los jóvenes con preparación. Y sólo la corrección a fondo de la heterogeneidad del aparato productivo, del desequilibrio regional y urbano y de los contrastes campo-ciudad, podría permitir el avance hacia el borramiento de las grandes desigualdades geográficas, económicas, sociales y culturales, en que se ubican las grandes discrepancias de productividad e ingreso de la fuerza de trabajo y generar niveles satisfactorios de empleo productivo, etcétera.

Muy pertinentemente el Plan Nacional de Desarrollo 1984-1988 (PND), considera el problema desde su dimensión estructural y presenta la generación de empleo como un punto central de su estrategia, que se recoge e introduce como un objetivo explícito en la política económica general, en las políticas sectoriales y en la política regional. A la par que adecuadamente lo ubica en el marco de la política social, vinculándolo al combate de los rezagos sociales existentes en salud, nutrición, vivienda, educación y capacitación, incluyendo para estas últimas su mejor relación con el aparato productivo. Y

ello, como parte de sus dos líneas estratégicas de acción: superar la crisis y recuperar la capacidad de crecimiento sobre bases que permitan iniciar los cambios estructurales requeridos.

Sin embargo, el reto sigue en pie. Si bien el crecimiento del Producto Interno Bruto pasó a ser positivo en 1984, alcanzando el 3.5% con respecto al año anterior, medido a precios de 1970,⁶ y se han realizado diversos avances positivos, un documento reciente del Congreso del Trabajo señala, entre otras cosas, que aunque se ha evitado que la inflación y la desocupación se disparen a ritmos aún más acelerados y fuera de control, no existe oferta de trabajo para los nuevos demandantes de empleo. Así como tampoco se ha logrado disminuir la dinámica de la concentración de la riqueza y del ingreso que es un problema estructural, ya que por el contrario, ésta se ha acrecentado en la actual coyuntura, en un contexto en que el mayor peso de la crisis recae sobre la pobla-

ción mayoritaria y en el que el empleo y el acceso de la clase trabajadora a los satisfactores básicos, se han mantenido a niveles elementales sin registrar incrementos satisfactorios.⁷

Con justa razón, en un marco en que la participación de los salarios en el producto nacional se ha reducido del 48.1% en 1975, al 30% en 1984, el Congreso del Trabajo plantea como un requisito para lograr un desenvolvimiento sano y una sociedad más igualitaria, revertir los términos de la acumulación a favor de las clases trabajadoras y de los intereses nacionales, avanzando hacia un desarrollo fincado fundamentalmente en nuestros recursos humanos y naturales y, por ende, orientado hacia la superación de la dependencia económica, tecnológica, política y cultural.

Ahora bien, es indudable que existen limitaciones reales y objetivas —endógenas y exógenas—, para salir de la crisis recuperando la capacidad de crecimiento *sobre nuevas bases* que

permitan avanzar hacia cambios cualitativos profundos, que modifiquen la pauta de crecimiento y de inequitativa distribución de la riqueza y del ingreso, seguida en las últimas décadas. Sin embargo y aunque nadie que sea mínimamente sensato espera que las graves distorsiones que el país padece puedan borrarse mágicamente en el corto plazo, la dinámica seguida no muestra que se esté cerrando la posibilidad de la reproducción remozada del modelo anterior. Resulta así muy oportuno, con base al examen de la política económica y social de los últimos años, el llamado de atención hacia los aspectos cualitativos y sociales que deben estar presentes en el actual proceso.

⁶ "Recuento Nacional", *Comercio Exterior*, Vol. 35, Núm. 3, marzo de 1985, p. 295.

⁷ "Los trabajadores ante la Situación Económica Nacional: Opciones para el Desarrollo", *El Día*, Testimonios y Documentos 11-12 de abril de 1985.

La defensa del salario y consumo obrero

Ma. del Carmen del Valle Rivera

LAS GRAVES CONSECUENCIAS que la crisis ha generado en las condiciones de vida de la población trabajadora mexicana, han violentado la desigualdad, ensanchando la brecha entre los que se encuentran en un estricto nivel de subsistencia y los que se mueven en la abundancia hasta de lo superfluo.

Ciertamente, la baja en la actividad económica, los aumentos en la inflación y el desempleo son elementos que afectan a la población en general, pero no de la misma manera ni en la misma proporción.

Al respecto cabe hacer notar la profundización de las diferencias en la distribución del ingreso nacional disponi-

ble. La parte correspondiente a los asalariados sufrió una baja considerable al pasar de 41% en 1981 a 32.5% en 1983, en tanto que para los propietarios del capital, el excedente de explotación aumentó de 53.7% a 62.3% en el mismo lapso.¹ Lo cual nos expresa quien lleva el peso de la crisis: la reducción en los salarios pasa a engrosar las utilidades.

El ingreso de los trabajadores se ha visto gravemente afectado porque los aumentos a los salarios no han sido compatibles con los niveles de inflación. En el periodo considerado el índice de crecimiento del *salario mínimo* llegó a ser de 510.3%, que comparado con el aumento de los precios de los

bienes de consumo presenta un rezago importante en virtud de que estos últimos exhiben un incremento de 640.4%.

De tal manera que un cálculo conservador nos revela que el salario mínimo que el trabajador recibía hacia fines de 1984 era equivalente a cerca del 70% del salario mínimo vigente en 1981, ya de por sí insuficiente. En febrero del año en curso, a pesar del aumento reciente de los salarios no se

¹ SPP. *Sistema de Cuentas Nacionales de México, 1981-1983*.

Asimismo, en este periodo, la participación de los trabajadores en el producto interno bruto disminuye considerablemente, pasando del 37.4% en 1981 al 28.8% en 1983; mientras que la participación del capital ascendía del 49% al 55.1% respectivamente.